

Revista de Occidente



MEDITACIONES DEL QUIJOTE 1914-2014

JAVIER ZAMORA BONILLA • PEDRO CEREZO GALÁN
EDUARDO MARTÍNEZ DE PISÓN • JAIME DE SALAS
JOSÉ LUIS VILLACAÑAS BERLANGA • ANTONIO GUTIÉRREZ POZO
ÁNGEL PÉREZ

FERNANDO VELA. POESÍA COMO REFUGIO
AZUCENA LÓPEZ COBO

Viñeta: ALEXANDRE ARRECHEA



SUMARIO

<i>Lecturas que no cesan. Centenario de Meditaciones del Quijote.</i> Javier Zamora Bonilla	5
<i>El bosque y la retama ardiendo. (Apuntes sobre poesía y realidad en Meditaciones del Quijote).</i> Pedro Cerezo Galán	12
<i>La solución es el paisaje.</i> Eduardo Martínez de Pisón	35
<i>Las Meditaciones del Quijote y el problema identitario.</i> Jaime de Salas	50
<i>Samuel Ramos: «Salvaciones» a la mexicana.</i> José Luis Villacañas Berlanga	62
<i>Meditaciones del Quijote como respuesta al nihilismo.</i> Antonio Gutiérrez Pozo	80
<i>El roble y el fresno: Cervantes y Ortega.</i> Ángel Pérez	98
<i>Fernando Vela. Poesía como refugio.</i> Azucena López Cobo	111
■ NOTA	
<i>Nuevos enfoques sobre políticas de innovación.</i> José Molero	132
■ CREACIÓN LITERARIA	
<i>Cosas sin importancia.</i> Mercedes Gutiérrez García	135
■ LIBROS	
<i>Baedecker dialogado de un pensamiento.</i> José Ramón Carriazo Ruiz	149
<i>Vidas no tan paralelas.</i> Felipe González Alcázar	152

El roble y el fresno: Cervantes y Ortega

Ángel Pérez

A mediados del siglo xv —en la sierra de Guadarrama— alguno de los antiguos robles alzados en la ladera meridional del bosque de *La Herrería* quizás fuera oteado por las exploraciones cortesanas que estudiaban el solar del futuro monasterio. El *quercus pyrenaica* puede llegar a milenario, lo que hace figurable esta idea. No así el fresno, que apenas alcanzará un siglo de vida, y que en aquel bosque une sus ramas con el robledal. Los árboles más perentorios se guarecen bajo el *quercus*, y este último verá pasar varias generaciones de fresnos a su sombra. Si alguno de los botánicos reales no se paró a estudiar aquellos árboles, sí que lo hizo tres siglos y medio más tarde, un filósofo madrileño que al meditar sobre el *Quijote* ponderaba también sobre los arroyos y oropéndolas del lugar.

Todavía hoy resulta curioso para muchos que Ortega empezara escribiendo sus *Meditaciones* aludiendo al bosque: sus colores modificados por las estaciones, su ímpetu penetrando en los corazones y las clases de sigilo que albergamos cuando estamos solos

en él. En aquel «silencio excelente» Ortega piensa en cuestiones fútiles, importantes pero nada científicas en la acepción empírica de la palabra. Paradoja aparente en uno de los intelectuales que más bregaron por el desarrollo cultural de la España de inicios del siglo pasado. Las primeras líneas de las *Meditaciones* andan plenas de señales veladas que desde hace tiempo se intentan comprender. Son socráticos estos pensamientos esculiarenses, que tienden a la conceptualización metafísica: dónde empieza el bosque y dónde termina, qué tipos de sonidos llegan a mis oídos, cuáles son las profundidades y superficies del mundo patente. De todas estas cosas Ortega escribe en los inicios de sus *Meditaciones* tardando en alcanzar el *Quijote* prometido.

1914 es un año importante para Ortega. Colmado de lecturas filosóficas hechas entre las brumas del norte escribe estas reflexiones –en la mitad del camino de su vida– desde una «fugaz primavera» mediterránea. De respirar durante una década la atmósfera kantiana inhala ahora el aire peninsular. Estas descripciones líricas, de gran limpieza fenomenológica, no reniegan de sus estudios anteriores, más bien los completan. Ortega vuelve a su circunstancia, renueva su perspectiva, y desde ella se eleva en otras latitudes de comprensión. Las enseñanzas de sus maestros neokantianos en Marburgo le han servido para iniciar un proyecto de clarificación del mundo (II, 400) en donde, además de describir los maderos naturales, se dirigirá al árbol cervantino al que se aferrará para siempre, por ser el alcalaíno un hombre grande y bueno (Andreu, 2005). La filosofía orteguiana se construye así sobre los basamentos de la tradición occidental, pero buscando unos desarrollos inéditos; los propios de la cultura que lo vio nacer, y a la que intentará elevar a la altura de los tiempos.

La celebración del primer centenario de la publicación de las *Meditaciones del Quijote* nos hace volver a pensar en el cervantismo de Ortega. Se suele decir que el tiempo es el mejor crítico y un

siglo es suficiente para comprender más. Por eso, para añadir un grano de arena en la bibliografía orteguiana, quiero dar algunos de esos rodeos, que el propio filósofo madrileño consideraba necesarios para conquistar un texto como el *Quijote*: «Una obra del rango del Quijote tiene que ser tomada como Jericó. En amplios giros, nuestros pensamientos y nuestras emociones, han de ir la estrechando lentamente, dando aire como sonos de ideales trompetas» (I, 761).

La literatura sobre el quijotismo o el cervantismo orteguiano es consistente como una nueva muralla que hay que rondar (y atender). Desde el inicio grandes nombres se acercaron a este vínculo: Antonio Machado (1915), Marcial Bayo (1953), Vicente Gaos (1957), Julián Marías (1957), Ciriaco Morón (1968), Alberto Porqueras (1972), Nelson Orringer (1977), Anthony Close (1978), Pedro Cerezo (1984), Manuel Cifo (1984), Ángel San Miguel (1987), Inman Fox (1987), Richard Hull (1994), José Luis Molinuevo (1994) y otros que seguramente se nos quedan en el tintero. Sobre el tema se sigue escribiendo ya entrado el siglo XXI. La propia *Revista de Occidente* publicó un número especial en mayo de 2005 por el cuarto centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote*. En él encontramos textos de Pedro Cerezo, José Lasaga, Jaime de Salas, Francisco José Martín, Antonio García Berrio. Han seguido trabajando este gozne estudiosos como Javier San Martín (2005), Agustín Andreu (2005), Diego Sánchez Meca (2005), Nel Rodríguez Rial (2005) y Helio Carpintero (2006).

Más allá de si las *Meditaciones del Quijote* son el gran hito cervantino en Ortega, o si las interpretaciones de las mismas han hipertrofiado su lectura (Francisco José Martín, 2005), la cantidad de referencias cervantinas en la obra total de Ortega es prominente. Desde la primera mención en un artículo de *El Imparcial*, en 1907 (I, 126), hasta la última aparición en la conferencia en la librería Buchholz, titulada «Alrededor de Goethe» en 1949 (X, 64). Po-

drían haber muchas otras sugerencias no señalizadas, aunque sí inspiradas en los «amplios giros» de los que habla el filósofo. Por lo tanto cuando hablamos de este vínculo no solo debemos recordar el bosque de *La Herrería*, sino muchos otros paisajes de su corpus, y también aquellos que superan la mención onomástica.

La mirada orteguiana hacia el escritor alcalaíno es agradecida por acompañarlo en sus soledades juveniles. Es el propio filósofo quien escribe un domingo de 1907 en Marburgo: «pocos hombres tendrán mayor soledad que yo» (VII, 94). Y en esas soledades conscientes Ortega también lee. Es un hombre *otiosus* diría Quintiliano. Es también el «desocupado lector» al que se dirige Cervantes tres siglos antes. En Leipzig le da alcance la voz de un hidalgo «de los de lanza en astillero». Y sobre esas lecturas se escribió con Navarro Ledesma, uno de sus grandes amigos, y autor de una lírica biografía cervantina. El *Quijote* fue una lectura compartida: Ortega comentó muchas de sus impresiones en su intercambio epistolar con Navarro cuando vivió en Leipzig, y también hubo ecos posteriores en Marburgo, pues Hermann Cohen releía el *Quijote* debido a su alumno madrileño (I, 763). Esa lectura coral, unida a la repentina muerte de su maestro español, marcaría un antes y un después en la práctica lectora del joven Ortega. Si la gran valía de un autor viene dada por su capacidad de interpelar, Ortega quedó signado por esa compañía cervantina enhebrada en la amistad y en la lejanía. Soledad, lectura, amistad y nostalgia son factores que van delimitando ámbitos de la aproximación crítica del filósofo. En Leipzig, entre las lecturas de los griegos y las clases de Wilhen Wundt, aparecen Cervantes y Lope. Nunca mejor integrados, nunca mejor leídos, presentes también en la *ciudadela neokantiana* y en la mente del solitario y joven alumno, se encontrarán a Kant, Nietzsche, Natorp, Cohen y Simmel, donde ya estaban Renan, Novicow, Barrès, Chateaubriand y Darwin. Esa lectura patrimonial es también una cartografía con países y océanos; a uno de ellos

Ortega volverá intuitivamente superando las trabas artificiales de distinciones científicistas. Porque, de alguna forma misteriosa, Cervantes atraviesa y contiene la ciencia europea, y es, además, la comarca donde Ortega recuerda a Navarro. Allí no solo habita el Caballero de la Melancolía, es sobre todo el ámbito donde aplacará su propia nostalgia. A partir de la ausencia de Navarro, Ortega se interesaría aún más por Cervantes, por el *Quijote* y por todo aquello concerniente al espíritu de su amigo. El *Quijote* ya no es solo una novela, es un «equívoco» lejos de toda reflexión, una historia pura de impresiones generadora de tal cantidad de preguntas que supera su frondosidad narrativa. Si alguna vez el *Quijote* fue soto dibujado ahora se torna en estancia de cuestiones. Y allí habitaron Ortega y Navarro. Por eso, si queremos encontrar el germen de Cervantes en Ortega, probablemente lo hallemos en la biografía del alcalaíno escrita por aquél «pobre gacetero» (Navarro Ledesma, 1905). Esta fenomenología poética del archivista es una senda truncada que Ortega recorrió e intentó completar una y otra vez.

Después de la pérdida, el ejercicio de la lectura sería distinto para Ortega. Entró a la «poda de ilusiones» avisado, y con su amigo en el recuerdo, al que llamó «argonauta del ideal» (I, 106). En este momento el *Quijote* ya es la nave orteguiana —el *Argo* cervantino— y referencia fundamental en un mar tempestuoso. El pensador madrileño es testigo de la vida española de inicios del siglo XX, que parte de la desilusión posterior a la Batalla de Cavite y llega hasta el cruento fracaso de la Guerra Civil. Navega también Ortega entre el despliegue de los nacionalismos europeos previos a la Gran Guerra, y luego ya en su madurez, por las tremendas conflagraciones que sacuden el continente durante la primera parte del siglo. En medio de una borrasca política y social, la altura y profundidad de Cervantes le permite otear más allá de sus propios dramas personales de exilio y soledad. A pesar de todo esto Ortega sigue confiando en que Europa y España debieran encontrarse en

un ideal que está motivado por su conciencia continental (I, 869). Se trata de salvar la distancia científica y cultural entre la península ibérica y los países del norte. Aunque el filósofo madrileño navega incomprendido, su *Argo* es magnífico, pues Cervantes está a la altura de los grandes autores europeos e incluso los aventaja. Su complexión es modelo para aquella flota literaria occidental de la que llega a decir Ortega: «toda novela lleva dentro, como íntima filigrana, el *Quijote*» (I, 829). La misión de elevación es para Ortega también una búsqueda y comprensión de este navío: «¡Ah! Si supiéramos con evidencia en qué consiste el estilo de Cervantes, la manera cervantina de acercarse a las cosas, lo tendríamos todo logrado. Porque en estas cimas espirituales reina inquebrantable solidaridad y un estilo poético lleva consigo una filosofía y una moral, una ciencia y una política. Si algún día viniera alguien y nos descubriera el perfil del estilo de Cervantes, bastaría que prolongáramos sus líneas sobre los demás problemas colectivos para que despertásemos a nueva vida» (I, 793).

Esa exploración lo diferencia de la aproximación unamuniana, centrada en los personajes como bien han señalado Diego Sánchez Meca (2005) y Javier San Martín (2005). La obra de Ortega puede entenderse también como un ensayo intelectual para alcanzar el *estilo* cervantino. Dice Agustín Andreu (2005) que el tenor de los primeros escritos orteguianos, llenos de reclamos hacia los regeneracionistas, se entienden a la luz de su carácter y de un tiempo difícil, en donde lo español se había relegado a un papel secundario en el mundo de la cultura, de la ciencia y la política. A nadie se le escapa la complejidad y amplitud del tema. Pero quizás, y dado el centenario que celebramos, sea posible formular algunas proposiciones. Si la genialidad es experimental para este joven Ortega (I, 343), lo que más le llama la atención, lo que más refresca aquellos años de sistematizaciones germanas, es la libertad creativa de Cervantes.

Yendo tras ese *estilo* Ortega va poblando vacíos. El primero, percatándose del frágil *genus dicendi* propio de la filosofía, donde cada pensador utiliza la lengua sin orden alguno: «Cada creador tuvo que improvisar su género. De aquí la extravagante fauna literaria que la historia de la filosofía nos presenta. Heráclito fulmina aforismos, Sócrates charla. Platón nos inunda con la gran vena fluvial de sus diálogos. [...] Descartes comienza por insinuar su doctrina en una autobiografía, Leibniz se pierde en los numerosos dijes dieciochescos de sus breves tratados» (VI, 809). Pero Cervantes no es para Ortega solo un modelo de un buen decir, porque «el pensador no es escritor», y la búsqueda del *estilo* no será una pesquisa retórica. Como filósofo debía buscar las palabras para decir lo que descubría y que era a la vez ignoto. «Este descenso a los senos profundos, a las vísceras recónditas de la palabra, se hace –yo lo hago desde mi primer libro, *Meditaciones del Quijote*» (VI, 807). Uno de los coetáneos que también ejercitaba esta expedición etimológica fue Heidegger, que nombraba las palabras «acariciándolas», y cuyo uso establece contacto con las raíces de la lengua alemana. Tal vez esa búsqueda del estilo cervantino tenga relación con el intento de comprender las herramientas retóricas de Cervantes. Pero no es solo eso, sino la aproximación al signo como impresión del mundo. El análisis del *estilo* no es una adhesión ingenua; Ortega no busca la forma de Cervantes para imitarla, sino para comprenderla y a partir de allí diferenciarse. La prolongación de las líneas estructurales cervantinas no supone una amalgama estilística. Ortega quería saber para elaborar su propio genio comunicativo. Entre las semejanzas de filosofía y literatura al lazo del estilo de Cervantes está el trémolo metafísico (II, 215), aquella emoción producida por el descubrimiento de *algo* nuevo, y que el poeta nos cuenta como nadie puede contarle. O el lirismo (I, 374), pues el filósofo también usa recursos poéticos, para hablar de algo cercano a su propio corazón, de manera impersonal, casi jugando,

como ejercitando un deporte. Y una aspiración a las alturas que permitan ver mejor las cosas, que las ilumine: que las haga *claras*. Dice Ortega «hay en los grandes estilos como un ambiente estelar o de alta sierra en la que la vida se refracta vencida y superada, transida de claridad» (I, 790). También aquí las ramas de Ortega se cruzan con las de Cervantes, sus ramajes coinciden en la sensibilidad: «Quijotesca llamo la sensibilidad para acontecimientos ideales, para las realidades abstractas, para las cosas trascendentales que ocurren en el seno de los valores eternos» (I, 403). Pero a la vez, el filósofo no es escritor. Más cerca está Shakespeare de Ortega en ese sentido, porque «confrontado con Cervantes, parece Shakespeare un ideólogo» (I, 780), por eso hay también ramajes intrincados, porque el pensador ha de ser hermético (VI, 276) para cerrar sus precisiones al exterior, no como la obra literaria que es amplia y ambigua (IX, 310). Esa amplitud es la que genera la simpatía de los lectores, el escritor podrá contentarse con ser leído, más el filósofo no, pues pensar es dialogar (III, 364). Todo es como una «involución» diría Ortega (pensando en el fin de la filosofía). Y más allá de los vínculos, en la copa de esta fronda Cervantes vuelve a cuestionar a Ortega y se vuelve otra vez una incógnita. La cercanía se encuentra en la desdicha de uno y otro, «el pensador se encuentra ante la lengua en una situación bastante dramática» (VI, 809) porque descubre algo nunca visto, y el desafío es saber decirlo. Cervantes –según Ortega– vio cosas nuevas y supo contarlas. ¿Cuáles son esas realidades que nadie más había relatado y que el alcaláino dijo tan bien?

De alguna manera Cervantes logra cumplir ese ideal del hombre europeo, recolector de una tradición literaria de la que son muestras sus *novellas* y su *novela*. Ha viajado, ha combatido, ha sido apresado, ha escapado y vuelto a ser preso, ha leído y además escribe. En sus obras hay muestras geográficas de su europeísmo: Flandes, Lisboa, Roma, Londres, Tolón, Bruselas, Milán, Nápo-

les, Palermo, Lombardía, Florencia. Y más aún de su cosmopolitismo: Argel, Perú y México. Pero Cervantes es un europeo peculiar. Formado en la literatura clásica y la tradición humanística de su época, es europeo también en lo científico, con esa excepción hispánica de la concentración en la precariedad. Es la descripción de la locura del hidalgo en las primeras páginas del *Quijote*, una remembranza de la caracterización científica del médico Juan Huarte de San Juan. Cervantes no renuncia a la atención a lo humano, a pesar de su respeto por los desarrollos académicos y con ello representa mejor que nadie el alma española, excepción en el mundo occidental (I, 569). Lo nimio, lo frágil, lo cercano es, a ojos de Cervantes, valioso también. Por eso en el *Quijote* Cervantes actúa como un salvador de lo coyuntural. El hidalgo lector y enajenado es un hombre pequeño: reducido por sus obsesiones al canon específico de una biblioteca. Ha perdido el seso, y por lo tanto no razona bien, pero a pesar de discurrir erradamente en mucho, en otro poco no yerra. Cervantes tiene afinado el ojo para lo pequeño, lo que pareciera no importar, y desde esa ramplona situación deja un rastro de señales que permiten al lector atento leer en nuevos lenguajes. Don Quijote está loco, pero es capaz de comprender las injusticias cometidas contra los condenados a galeras, de intentar rescatar al mozo Andrés de la crueldad de su amo y de otras muestras de una virtud imperfecta que intenta encarnarse en el mundo. El buen juicio en el *Quijote* es precisamente la defensa de una estructura de pensamiento que funge activamente en el trasfondo de su visión del mundo. Don Quijote tiene arraigados de tal manera ciertos valores, que a pesar de la refracción producida por su locura, proyectan una energía potente y duradera. No importan cuán altas sean las olas o cuán fuertes los truenos. Aunque esta nave estética no tenga una estructura ortodoxa su perfil destaca sobre la borrasca. Tal vez ese es el árbol que se eleva en medio de la tempestad occidental de inicios del siglo XX y al que se aferra Or-

tega. No es fundamental el daño psíquico, pareciera decirnos Cervantes, ni la pobreza o la riqueza, tampoco ese aburrimiento vital que casi hiede en casa de Alonso Quijano, y que el ama y la sobrina tratan de ocultar. Lo que importa es la humanidad y los ideales en el corazón del que sueña con ser héroe, aunque sea menesteroso. Las virtudes que deslumbran alojadas en su imaginación desatada, que lo llevan a resarcir males en cualquier rincón.

La consecución del estilo cervantino desborda el ámbito ético. Ortega decía que en Cervantes la «potencia de la visualidad es incomparable» (I, 300) hasta tal punto que no necesita describir las cosas, sino que ellas mismas se deslizan y se proponen en sus páginas. Detrás de la teoría estética orteguiana se encuentra como clave la fidelidad al paisaje (Molinuevo, 1995). El paisaje es mi circunstancia y el que aporta elementos configuradores a mi constitución personal. La variedad de objetos y personas en los panoramas del *Quijote* muestran paisajes definidos y equilibrados lo que coincide con la tendencia orteguiana a la exposición del paisaje como un conjunto armonioso. Este entorno cuestiona al ser humano y lo invita a un diálogo vital como si fuera un organismo vivo (VI, 480). La teoría orteguiana sobre la perspectiva tiene una muestra plástica en la estética cervantina y en los desarrollos sobre la influencia de la tierra en el ser humano, y la transformación del paisaje por este (II, 492). Paisaje y teoría van de la mano en la tradición occidental, pero su cercanía genera vértigos que impiden descifrar sus paradojas. El inicio de las *Meditaciones del Quijote* demuestra que Ortega no tenía miedo alguno para afrontar este desafío. Algunas claves epistemológicas traerá la fenomenología, pero el gran aporte de Ortega será embarcarse en el *Quijote* por su innovadora fidelidad a su entorno. Molinos, ventas, ríos, bosques, sonidos, vados, montañas, cuevas y simas se muestran en el *Quijote* tal como eran. Gracias a ellos también navegamos por una idea de España que reclama una historia del paisaje, tal como lo reclamó

Ortega (VI, 328). Pero este proyecto necesita también una metafísica y ¿no es eso lo que hace Ortega en los parajes de El Escorial? Retrocede sobre sí mismo para dudar, pero esa cuestión es una plataforma (Zamora, 2002, p. 454) que le permite una dialéctica nueva y poderosa. Cervantes es el maestro de la perspectiva. Sabe situarse no solo en paisajes físicos que nos permitan viajar más allá de lo que conocemos, sino desde ángulos personales que no son los suyos; y en ello coincide con la multitud de variantes presentes en el *Quijote*. Ortega entiende que Cervantes propuso una revolución metafísica afirmando lo trivial, salvando las cosas nimias y que don Quijote es el salvador de lo contingente. Esa «afirmación de las cosas pequeñas» es parte del genio mediterráneo (I, 446). El «yo soy yo y mi circunstancia» pasa por una justificación cervantina cuya solidez es también clarividente acerca de las posibilidades de la estética del Siglo de Oro. La salvación de las cosas es la construcción de la propia vida. Ortega diría que el innovador fue Cervantes, pero fue él quien lo categorizó, concluyendo la senda truncada con la muerte de su amigo Navarro. A lo largo de la obra orteguiana hay una estructura detallada que extiende esa línea del *estilo* cervantino y lo eleva hacia posibilidades filosóficas. Así Ortega completa a Cervantes, resolviendo incógnitas desde la simpatía hacia el genio.

El *Argo* cervantino es capaz de salvar muchas leguas. Decía Ortega en 1910 que Cervantes era el único español universal porque «no quedó agotado en el horizonte de ideas y emociones de su tiempo» (I, 343). La trascendencia de ese genio fue uno de los *leitmotiv* de la obra orteguiana, que supo prever en ella una capacidad creativa de tal potencia que alumbró nuestro futuro. No hace mucho leí un texto que llegó a mis manos gracias a un buen amigo: *Forms of Modernity: Don Quixote and Modern Theories of the Novel*. Impreso en Toronto hace un par de años y escrito por Rachel Schmidt, profesora de la Universidad de Calgary, allí se

analizan los aportes a la teoría literaria de Friedrich Schlegel, Georg Lukacs, Hermann Cohen, Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset y Mikhail Bakhtin. Probablemente no haya un mejor reconocimiento a la universalidad de Unamuno y Ortega que la de encontrarlos presentes –en pleno siglo XXI– en un trabajo cuyo interés sea descubrir la energía del pensamiento europeo y su influencia en las reflexiones sobre la novela en el siglo XX. Aquí está retratado de alguna manera ese joven lector español, en su habitación de Leipzig, leyendo a Cervantes y conectado por una urdimbre invisible con otros pensadores occidentales, que susurran sabiamente, como si Europa estuviera en el *Quijote*. Este libro es un retrato desde otra perspectiva –en el sentido orteguiano– de esa navegación que he descrito.

En *La Herrería* había un fresno verde del que se despedía el joven filósofo en sus *Meditaciones*, «dejaré el bosque solitario, mientras allá en su fondo vierte el cuco sobre el paisaje su impertinencia vespertina» (I, 780). Es posible que el árbol siga allí pasados cien años y que sea ahora un viejo fresno que respiró los albores del siglo XX. Seguirá siendo «gentil» como le llamó el meditador. Y tal vez habrá allí algún roble milenario (que podría adular el mismo Felipe II) cuyo tronco «grave» haya sido bajel y refugio en los Siglos de Oro. Y –de eso estoy seguro– en aquel árbol literario se embarcó Ortega, en la primavera de 1914, desde el luminoso puerto del Guadarrama.

Á. P.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDREU, Agustín: «Cervantes y Ortega: “El secreto de España”», en *Revista de Estudios Orteguianos*, núm. 10/11, p. 153, 2005.

- MARTÍN, Francisco José: «Hacer concepto. *Meditaciones del Quijote* y filosofía española», en *Revista de Occidente*, núm. 288, pp. 81-105, 2005.
- NAVARRO LEDESMA, Francisco (1905): *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes*, Espasa Calpe, Madrid, 1960.
- ORTEGA Y GASSET, José: *Obras completas*. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset/Taurus, 2004-2010. 10 vols.
- SAN MARTÍN, Javier; LLANO ALONSO, Fernando H., y CASTRO SÁENZ, Alfonso: *Meditaciones sobre Ortega y Gasset*, Editorial Tébar, Madrid, 2005.
- SÁNCHEZ MECA, Diego: «El Quijotismo de Unamuno, el cervantismo de Ortega y la España de 1998», en *Praxis Filosófica*, núm. 20, pp. 69-86, 2005.
- SCHMIT, Rachel: *Forms of modernity: Don Quixote and Modern Theories of the Novel*, University of Toronto, Toronto, 2012.
- ZAMORA BONILLA, Javier: *Ortega y Gasset*, Plaza & Janés, Barcelona, 2002.

